

## Orquídeas y zopilotes. La imagen de México en la obra de Max Frisch

Marlene RALL

Universidad Nacional Autónoma de México

El mandamiento: “¡No te harás imagen alguna!” cobra especial importancia en el pensamiento del escritor suizo Max Frisch, quien falleció el 4 de abril de 1991, seis semanas antes de cumplir ochenta años, el 15 de mayo. La cita presenta un *leitmotiv* recurrente en su obra, aunque no en el sentido bíblico con referencia a Dios, sino con miras al prójimo; refleja su profunda preocupación por el peligro que representan las imágenes que nos hacemos de quien por el cautiverio de los prejuicios se ve imposibilitado de desenvolverse libremente. Habida cuenta de que Max Frisch, uno de los mayores autores de lengua alemana, le ha dedicado páginas inolvidables a México, se impone hacer un análisis de la imagen de México en la obra de Frisch.

Oriundo de Zúrich, de abuelos inmigrados desde Austria y Alemania y abuelas suizas de la pequeña burguesía, de un padre arquitecto de poca fortuna, Max Frisch hereda de la madre el gusto por los viajes y por los cuentos. En 1932, cuando muere su padre, dejando un cúmulo de deudas, abandona la carrera de germanística, que no satisfacía sus inquietudes, para dedicarse al periodismo y a los viajes. Mas sus anhelos y su confianza juvenil no pueden con sus dudas en cuanto a su talento, por lo que, en 1936, empieza una segunda carrera, la de arquitectura —en la Universidad Técnica de Zúrich— que termina con la obtención del título, en 1941. Un año después gana un concurso, gracias al cual construirá una piscina en Zúrich, y contrae matrimonio con Constanze von Meyerburg, compañera de estudios e hija de una familia de la alta burguesía. Con todo, no deja de escribir, primero con escrúpulos, luego cada vez más afianzado por el éxito. Un *Rockefeller Grant for Drama* le brinda la oportunidad de viajar en América durante un año, al cabo del cual cierra su despacho, en 1955, se separa de su primera mujer (divorcio en 1958) y vive por y para la escritura. Radica en diferentes lugares: Berlín, Roma, Nueva York, Berzona (Suiza italiana), Zúrich. Y emprende, infatigablemente y hasta avanzada edad, viajes a muchas partes del

mundo. Las relaciones con las mujeres —durante cuatro años con Ingeborg Bachmann, la célebre poeta austriaca; con Marianne Oellers, su segunda mujer, veintiocho años menor que él; con la estadounidense Alice Locke-Carey— las vive y describe como conflictivas. Al mismo tiempo, Max Frisch tiene la fama de ser un gran amigo, amigo de muchos escritores, coetáneos y más jóvenes; él mismo destaca con especial énfasis el encuentro con Bert Brecht. Entre sus obras de teatro vale citar *Don Juan o el amor por la geometría*, *Andorra*, *Biedermann y los incendiarios*. Sus novelas *No soy Stiller*, *Homo faber* y *Pongamos que me llamo Gantenbein* están consideradas entre las mejores de la narrativa en lengua alemana de la posguerra. Y de especial fama gozan sus diarios, el *Diario I, 1946-1949*, el *Diario II, 1966-1971* y *Montauk*, una narración autobiográfica. Frisch ha recibido incontables premios y doctorados *honoris causa*, y bien puede llamársele la voz de la conciencia ante la sociedad. No que haya sido tarea fácil; al contrario, con varias obras ha irritado tanto a sus paisanos (por ejemplo, con *Guillermo Tell para la escuela*), que lo abordaban en las calles de Zúrich preguntándole por qué no se iba a vivir a Moscú o a Cuba. Pero como afirmara Christa Wolf, Frisch es “un autor que ha tenido la suerte de vivir en su propia persona una fundamental contradicción de la época, de saber expresarla en una forma ejemplar, y así hacerla comprensible. Ésta es la explicación de su éxito”.<sup>1</sup>

Lo que caracteriza a todo esfuerzo de Frisch es su implacable, incansable e intrépida búsqueda de la sinceridad, tanto en el diálogo como en su escritura. En su primer diario encontramos la anotación del 1 de septiembre de 1948: “es ciertamente un deleite el decir sin reparo ni reservas lo que se piensa y el saber que el otro actúa de igual manera, poco importa que uno esté de acuerdo o no”.<sup>2</sup> Con tanta delicadeza y consideración como le es posible, se arrima a la indiscreción, porque se compromete con una verdad sin prejuicios sociales, ideológicos e individuales; verdad que trata de plasmar en su teatro, su narrativa y, consecuencia contundente de tal empresa, en su diario; que, por cierto, no es diario en el sentido común, sino expresión de preocupaciones muy *sui generis*, escrito de una manera muy libre y muy elaborada a la vez,

<sup>1</sup> Christa WOLF, “Max Frisch, beim Wiederlesen oder: Vom Schreiben in Ich-Form”, en *Text + Kritik. Zeitschrift für Literatur*, núm. 47-48 (*Max Frisch*). 2a. ed. Ed. de Heinz Ludwig Arnold. Múnich, noviembre, 1976, pp. 7-12. (Las citas fueron traducidas del alemán por la autora del presente artículo.)

<sup>2</sup> Max FRISCH, *Tagebuch 1946-1949*. Múnich/Zúrich, Droemer Knauer, 1965, p. 225.

mezclando episodios autobiográficos con ficción, actualidades con agudas observaciones sobre una sociedad en particular o la sociedad en general.

¡No te harás imagen alguna! En la parábola *Andorra* acusa a un pueblo ficticio de tratar a un muchacho según la imagen que tiene del judío, entregándolo inmerecidamente a un destino fatal. *Stiller* niega ser *Stiller* para librarse de la imagen en la que lo quieren encerrar su mujer y sus amigos. En *Homo faber*, la imagen que se hace el protagonista de sí y del mundo en que vive, es delatada por la manera en que se cuentan los sucesos. *Pongamos que me llamo Gantenbein* es el relato de las mil y una imágenes empleadas para esquivar la asfixiante imagen única. No es más que consecuente el que Frisch termine por renunciar a la ficción para enfrentarse a sí mismo en *Montauk*, advirtiendo al lector con las palabras presentadas de Montaigne: “Éste es un libro sincero, lector, te advierte desde la entrada que no me he puesto otro fin que uno casero y privado [...] Pues es a mí a quien presento. Mis errores se encontrarán aquí, tal como son y mi manera de ser, hasta donde lo permita la decencia pública. [...] Así que soy yo mismo, lector, el único contenido de mi libro”.<sup>3</sup>

Con todo, cabe tomar en cuenta una reflexión que hizo Frisch, años después, en una conversación con Heinz Ludwig Arnold: “Empleé, en aquel entonces, esta frase que llegó a ser un principio orientador para los exegetas: ¡no te harás imagen alguna!, es decir, esta cita bíblica abreviada que sigue: ni de Dios, ni de los hombres, de nadie. Sigue siendo una idea central, si bien tan sólo es una verdad a medias. Porque tampoco podemos vivir sin hacernos imágenes”.<sup>4</sup>

Como ya se ha dicho, Max Frisch emprendió muchos viajes. No todos dejaron huellas en su obra literaria. Sin embargo, los viajes a México coinciden con una de las etapas más fructíferas de su creación literaria. Y México sí ha dejado una huella indeleble. No obstante, es un hecho curioso que muchos lectores de Frisch recuerden *Stiller*, recuerden *Homo faber*, sin acordarse del papel que México tiene en estas obras. Y parece que no son muchos los críticos literarios que se fijaron en estas páginas.<sup>5</sup> Vale la pena, pues, indagar cuál es la imagen de México en la obra de Frisch.

<sup>3</sup> M. FRISCH, *Montauk. Eine Erzählung*. Fráncfort del Main, Suhrkamp, 1975, p. 5.

<sup>4</sup> Heinz Ludwig ARNOLD, *Gespräche mit Schriftstellern*. Múnich, Beck, 1975, pp. 47 y ss.

<sup>5</sup> Cf. María Esther MANGARIELLO, “Latinoamérica y el ansia de una vida auténtica en la obra de Max Frisch”, en *Boletín de Estudios Germánicos*, núm. IX. Mendoza, 1972, pp. 217-232. (Los comentarios más detallados sobre México en *Homo faber* se encuentran en

El material biográfico y bibliográfico es un rompecabezas al que faltan muchas piezas.<sup>6</sup> ¿Cuántas veces estuvo Frisch en México? Muchos biógrafos e intérpretes (como Bänziger, Stäuble, Friedl Zapata, Mangariello)<sup>7</sup> afirman que Frisch visitó México dos veces. De su primera estancia dio testimonio en su álbum de viaje de México (octubre-noviembre de 1951), titulado “Orquídeas y zopilotes”,<sup>8</sup> en el que entremezcla la descripción de escenas vividas en el norte, el centro y el sur del país con resúmenes de la historia de la Conquista. Lo publicó en 1952 en la revista *Neue Schweizer Rundschau*, y una versión parcial en el periódico *Süddeutsche Zeitung* de Múnich, 8 y 9 de mayo de 1954. Los pasajes sobre México en *Stiller* (1954),<sup>9</sup> como veremos más adelante, se nutren de las experiencias del viaje de 1951. El segundo, en julio de 1956, tuvo un objetivo preciso: el documentarse con la mayor fidelidad posible sobre los lugares de acción de *Homo faber* (1957),<sup>10</sup> de

Klaus MÜLLER-SALGET, comp., *Max Frisch: Homo Faber. Erläuterungen und Dokumente*. Stuttgart, Reclam, 1987. Cf. W. SCHMITZ, comp., *Materialien zu Max Frisch Stiller*. Fráncfort del Main, Suhrkamp, 1978. 2 tt.; M. KNAPP y G. P. KNAPP, *Max Frisch. Homo Faber. Grundlagen und Gedanken zum Verständnis erzählender Literatur*. Fráncfort del Main, Diesterweg, 1987, pp. 25-36; Horst STEINMETZ, *Max Frisch: Tagebuch, Drama, Roman*. Gotinga, Vandenhoeck, 1973, pp. 51 y ss.; Anita KRÄTZER, *Studien zum Amerikabild in der neueren deutschen Literatur*. Berna/Fráncfort del Main, Peter Lang, 1982, pp. 31 y ss.; Antonio FERNÁNDEZ DE GOROSTIZA FORONDA, *Max Frisch: su recepción en España. Valoración crítica*. Madrid, Tesis, Universidad Complutense de Madrid, 1990 [esta obra no toma en cuenta la imagen de México].)

<sup>6</sup> Quisiera agradecer muy sinceramente al señor Walter Obschlager, del Archivo Max Frisch, en la Universidad Técnica de Zúrich, por su generosa ayuda en mi búsqueda de información sobre el tema de este trabajo.

<sup>7</sup> Hans BÄNZIGER, *Frisch und Dürrenmatt*. Berna/Múnich, Francke, 1967, p. 35; Eduard STÄUBLE, *Max Frisch*. St. Gallen, Erker, 1967, p. 16; José A. FRIEDL ZAPATA, “Knobelbecher und Hakenkreuze gegen Gauchos und goldbraune Frauen. Das Lateinamerikabild in der deutschen und das Deutschlandbild in der lateinamerikanischen Literatur”, en *Zeitschrift für Kulturaustausch*, 30. Jg., 1980/1; M. E. MANGARIELLO, *op. cit.*

<sup>8</sup> M. FRISCH, “Orchideen und Aasegeier. Ein Reisealbum aus Mexico. Oktober/November 1951”, en *Gesammelte Werke in zeitlicher Folge*, t. III.1. Fráncfort del Main, Suhrkamp, 1976, pp. 196-221; “Orquídeas y zopilotes. Álbum de un viaje a México, octubre-noviembre de 1951”, en *Casa del Tiempo*, vol. X, núm 98-99. Trad. y notas de Alberto Cue. México, UAM, 1990-1991, pp. 126-133.

<sup>9</sup> M. FRISCH, *Stiller*. Fráncfort del Main, Suhrkamp, 1963.

<sup>10</sup> M. FRISCH, *Homo Faber*. Fráncfort del Main, Suhrkamp, 1957. (Dicho sea entre paréntesis que la película *Homo Faber* del director Volker Schlöndorff, de 1991, por razones incomprensibles cambia la ruta del vuelo de la *super constellation*. En lugar de Nueva York, Houston, México, D. F., vuela de Caracas a México, por lo que el aterrizaje forzoso en el desierto de Tamaulipas resulta geográficamente inadecuado por quedar al norte de la ruta.)

acuerdo con el carácter del protagonista. Había recibido invitación para dar una conferencia sobre arquitectura en Aspen, Colorado, y la aprovechó para volver a visitar la ciudad de México y la península de Yucatán, y para conocer La Habana.<sup>11</sup> En Palenque se encontró con el fotógrafo de la revista suiza *Atlantis*, J. Müller-Brockmann, quien lo retrató tendido en una hamaca de la terraza de su pequeño hotel, foto que apareció como una entre once llamadas “Impresiones mexicanas”, en el número 9, año XXIX de septiembre de 1957. En el mismo cuaderno se encuentran unas páginas de *Homo faber*, tituladas “Viaje a la jungla”, con motivo de la inminente publicación de la novela. Un año antes, el 14 de septiembre de 1956, ya había salido, en el semanario de Zúrich *Die Weltwoche* un artículo sobre la recién construida Ciudad Universitaria del Distrito Federal: “una oportunidad de la arquitectura moderna —¡desaprovechada!”

Hasta aquí los viajes seguros. Con todo, unos pocos apuntes en *Montauk* (1975) dan lugar a la inferencia de que debe de haber hecho otro viaje a México. A mitad del libro se encuentra una página con el título “MONTE ALBÁN”: sigue una breve descripción del paisaje y de las ruinas acompañada de algunas observaciones leídas en una guía. Y después de tres puntos suspensivos el siguiente recuerdo personal:

MONTE ALBÁN: aquí en las ruinas está sentada Marianne (generación 1939), estudiante de Letras, asustada por mi petición; creo tener el valor necesario para aceptar que soy demasiado viejo si ella así lo pensara. ¿Dos años? ¿Tres años? Ella titubea, prudente. Viene a Roma y titubea durante un verano. Después una casa en el campo, un pequeño departamento común en Zúrich, luego otro, más grande, viajes juntos, van a ser nueve años, más de lo que ellos hubieran imaginado jamás.<sup>12</sup>

La biografía de Volker Hage<sup>13</sup> nos revela que Frisch conoce a Marianne Oellers en 1962, se casan en diciembre de 1968. Aunque el divorcio se consuma sólo en 1979, deciden separarse en 1973. Si el año de 1973 es la fecha a la que se refiere Frisch con los nueve años hasta donde duró su relación, la proposición de casamiento en Monte Albán se fecharía en 1964. Por otro lado, hay que tomar en cuenta la anotación en

<sup>11</sup> Cabe mencionar que el viaje duró dos meses en total. No es cierto, como afirman Bänziger (p. 35) y varios autores con referencia al mismo, que Frisch pasó dos meses en Yucatán. Hay que puntualizar además que Palenque se encuentra en el estado de Chiapas.

<sup>12</sup> M. FRISCH, *Montauk*, p. 104

<sup>13</sup> Volker HAGE, *Max Frisch*. Reinbek, Rowohlt, 1983, pp. 101-104.

*Montauk* acerca de su despedida de Ingeborg Bachmann: “Él volará a América, sí, sin ella. Todo esto lo sabe de las cartas. Ella conoce a Marianne y habló con ella como una mujer adulta. Él vino para decir adiós en el quinto año”,<sup>14</sup> con que llegaríamos al año de 1963, año que parece corroborarse por un testimonio vivo: la señora Marianne Frenk Westheim me comentó, en una conversación privada, que ella y su esposo Paul Westheim, el historiador de arte y autor del libro sobre el arte precolombino de México, acompañaron a Frisch y a su joven compañera al Museo Nacional de Antropología e Historia, y en la noche los recibieron en su casa. Dado que Paul Westheim falleció el 22 de diciembre de 1963, el viaje de Frisch y presumiblemente de Marianne Oellers ha de situarse en una fecha próxima anterior. Pero no se trata de husmear en la vida íntima de Max Frisch. Lo que nos interesa es averiguar qué impresión le causó México y cómo se plasmó ésta en su obra.

Mucho antes de conocer el país y su gente, les tiene simpatía y cariño. En Bratislava, donde participa en 1948 en el Congreso Mundial de los Intelectuales por la Paz, encuentra, en una recepción, a un mexicano:

El joven pintor mexicano que llegó del otro lado del mar con una chamarra, se compró para esta noche una camisa europea. No se le escapa que de noche se usa más bien camisa blanca y, además, corbata; pero la camisa verde chillón va de maravilla con su cara azteca color de barro. Lamentablemente no tenemos lengua en común. Cada vez que nos vemos, hace guiños con ojos radiantes, callado, fraternal hacia todos. Su cara tiene algo de cándido, grandioso, algo inagotado, una confianza desenfadada. No me canso de mirarlo, sentado ahí, con su chamarra abierta, con su camisa verde chillón, callado y sonriente, conforme, siempre contento —¿de qué?<sup>15</sup>

Si bien en sus apuntes sobre el Congreso Frisch demuestra una actitud muy crítica ante los intelectuales representantes de los países reinantes del mundo, destaca, en cambio, el aplauso entusiasta con el que se acogen “a todos los otros nombres, los eslavos, los argentinos, los mexicanos, los españoles”.<sup>16</sup> Como puntualiza Günther Bicknese: “la simpatía de Frisch por los pueblos de color (y otros desfavorecidos) no emana tan sólo de su pensamiento humanitario, sino también de su

<sup>14</sup> M. FRISCH, *Montauk*, p. 152.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 226.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 231.

admiraación por la sinceridad de esta gente, por la autenticidad de su forma de vivir".<sup>17</sup> O como dijera Frisch mismo:

De hecho fueron los de color quienes, mientras estuve en la sala, hablaron mejor; no sólo el mejor francés, el mejor inglés, como encontró mi perito acompañante, sino mejor en el sentido de que siempre dijeron algo vivo, real. Atestiguar la injusticia que sufren sus razas, y que está en contradicción con la gran habladería sobre libertad y derechos humanos, es una tarea intangiblemente decorosa; tal vez ellos eran los únicos que no querían decir otra cosa que la que decían; hombres, no jugadores de ajedrez políticos.<sup>18</sup>

A los cuarenta años, Max Frisch tiene la primera oportunidad de conocer México. Como se desprende de su diario, había preparado el viaje con lecturas y, al parecer, con estudios del idioma español. Si la biblioteca de Stiller tiene algo que ver con la de su autor, Frisch podría haber leído las *Meditaciones sudamericanas* del Conde Keyserling, *Don Quijote*, los primeros poemas de García Lorca —éstos en español— y el relato de D. H. Lawrence *La mujer que se fue a caballo*. En su diario mexicano menciona que la literatura sobre México es inagotable, y cita a los siguientes autores modernos, quienes describen el fenómeno mexicano desde credos muy distintos:

1. D. H. Lawrence, el visionario, con sus relatos de "La serpiente emplumada" y "La mujer que se fue a caballo", al igual que con su diario "Mañanitas en México".
2. Egon Kisch, el comunista, con sus reportajes.
3. Graham Greene, el católico militante, con su diario "Caminos sin ley".<sup>19</sup>

Frisch se acuerda de una película documental de Eisenstein sobre el Día de Muertos en México, una obra maestra que había visto años atrás.

Otra fuente de información la constituyen las cartas de Hernán Cortés a Carlos V: "una emocionante lectura que uno interrumpe tan sólo para tomar aliento".<sup>20</sup> Conoce las denuncias de fray Bartolomé de

<sup>17</sup> Günther BICKNESE, "Zur Rolle Amerikas in Max Frisch Homo Faber", en Alexander RITTER, comp., *Deutschlands literarisches Amerikabild*. Hildesheim/Nueva York, Olms, 1977, pp. 525-537.

<sup>18</sup> M. FRISCH, *Montauk*, p. 231 y ss.

<sup>19</sup> M. FRISCH, "Orchideen und Aasgeier...", en *op. cit.*, p. 219.

<sup>20</sup> M. FRISCH, *Montauk*, p. 197.

las Casas. Lee, además, “Prescott, el clásico libro sobre la conquista de México”.<sup>21</sup> Y cita el testimonio dejado por Durero al contemplar las primeras piezas del “botín”, en Bruselas, en agosto de 1520: “estas cosas son tan exquisitas, y en mi vida he visto nada que hubiera deleitado tanto mi corazón, porque vi ahí un arte maravilloso y me asombró el ingenio sutil de los hombres en países lejanos”.<sup>22</sup>

Casi la mitad del diario mexicano está dedicada a la historia de la Conquista. Frisch se representa a los protagonistas hasta creer verlos en persona: Cortés, huésped en casa de Moctezuma, Cortés aventurero, cruzado, brillante orador, Cortés artero. Se asombra de Moctezuma porque no se rinde ante las dieciséis ballestas por miedo, como subraya, sino ante la propia sugestión de que éste es el destino. “Al ver en Moctezuma a un hombre acobardado, abúlico, nos perdemos de lo más conmovedor de la historia universal, de la tragedia que aún sobrevive a la historia —hoy ocurre la tragedia de la Europa espiritual”.<sup>23</sup>

La imagen del México noble, del mexicano radiante, cordial y auténtico, ¿se conservará en el contacto físico con el país?

Al parecer, la impresión que prevalece sobre todas las demás es la de extrañeza. De vuelta en Zúrich, pregunta: “¿cuáles son las primeras impresiones del que, durante un año, ha vivido la experiencia de América y del aún mucho más extraño México, cuando regresa?”<sup>24</sup> Frisch entra a México con los ojos abiertos, dispuesto a no caer en prejuicios estereotipados. Le resta relevancia a las primerísimas ocurrencias: “Puede ser casualidad el que el primer pan comprado en México esté rebosante de gusanos, asimismo las hormigas muertas en la mermelada, y no me atañe que el mesero en el ferrocarril sea un tramposo. Me llena de alegría y felicidad de que finalmente estamos en México”.<sup>25</sup> Sin embargo, esta felicidad se convierte en una sensación ambigua: “Ahora ya llevamos dos semanas esforzándonos por lograr este entusiasmo, con el que otras personas suelen hablar de México... ¿A qué se debe?”<sup>26</sup> Frisch destaca lo pintoresco que le llama la atención, pero observa con azoro cómo irrumpen, en el bello cuadro, las alimañas, la enfermedad, la

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 208.

<sup>22</sup> *Idem.*

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 206.

<sup>24</sup> M. FRISCH, “Cum grano salis. Eine kleine Glosse zur schweizerischen Architektur”, en *Gesammelte Werke in zeitlicher Folge 1949-1956*, t. III.1. Fráncfort del Main, Suhrkamp, 1976, pp. 230-242.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 196.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 199.

podredumbre, el hedor, los cadáveres. “Orquídeas y zopilotes”: para Frisch los dos polos de su imagen de México.

Descubre que le gusta el desierto: “amo el desierto, su grandiosa soledad, sus colores florecientes, donde no florea nada más”.<sup>27</sup> Pero le choca el trópico del que, apenas visto, huye con pánico. No aguanta “el trópico con su sol húmedo, con su aire mucoso, con su hiperfertilidad, su pegajoso silencio lleno de mortales parásitos”.<sup>28</sup> Para reponerse del susto, toma el autobús, llega a Taxco y cree entender, por primera vez, de dónde llegan las ideas románticas que tiene de México, pese a todos los autores que lo pintan de otra manera.<sup>29</sup> Se siente relajado, a gusto en esta arquitectura española: “En efecto, llegando desde Estados Unidos, se siente uno agradecido por cualquier estilo, cualquier fisionomía histórica. Por cierto, aquí vivió el barón Von Humboldt, una casa inolvidable; Europa manda saludos, desde su lado positivo”.<sup>30</sup>

Describe con ternura y emoción a la gente que se pasea en las chinampas de Xochimilco, “un pueblo de flores y guitarras, un México como el que muestra la bella Dolores del Río en la pantalla”,<sup>31</sup> los ejemplos sobresalientes de arquitectura progresista;<sup>32</sup> a Diego Rivera, “el genio de México”,<sup>33</sup> parado en el andamio para pintar los murales del Palacio Nacional; el encuentro nocturno de vivos y muertos en la isla de Janitzio; la erupción del Parícutín, cual fuegos pirotécnicos que clausuran el viaje: “En el alma, cuyo lenguaje hemos sepultado bajo escombros, surge un júbilo que sólo podría distenderse en el baile, en el más indómito de los bailes; un júbilo lleno de gratitud y soberbia, un exceso de espanto y encanto, tal como ha de haber llenado a los hombres incomprensibles que sacrificaron su propio corazón”.<sup>34</sup> Pero, al mismo tiempo, no puede apartar la vista del niño desnudo sentado en medio de la inmundicia, de los ciegos y jorobados, del maltrato de animales y niños, de la corrupción:

Sobre muros y pancartas se lee el nombre del próximo presidente:  
[Ruiz] Cortínez, con el lema: “Seis años de honradez”. No he hallado

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 196.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 204.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 203.

<sup>30</sup> *Idem.*

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 212.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 201.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 218.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 221.

todavía a ningún ciudadano que creyera seriamente que este lema se haga realidad. Se ríen con ironía. De todos modos, como dicen, no tiene ninguna importancia a quién elijan, pues el resultado ya es un hecho; ya ni se contarán los votos, sino que se promulgará el resultado decidido por los poderosos. Y el otro candidato, que está pegado en los muros y pronuncia discursos, sabe desde hoy cómo se le compensará por toda la farsa, seguramente no del todo mal: acaso una hacienda.<sup>35</sup>

Un juicio de Frisch que sorprende, choca, porque suena a un perjudicial cliché del siglo pasado: “dicen que hay matrimonios, nefastos, donde cada parte sólo pierde todos los beneficios que tenía, y ambos pueden recibir del otro sólo lo malo —el de los indios y españoles me parece un matrimonio así”.<sup>36</sup> Quién sabe si hubiera preferido suprimir este párrafo después. En todo caso, no es típico del álbum. Normalmente, cuando Frisch apunta un cliché, lo documenta con una observación cuidadosa. Describe escenas para fundamentar su impresión de que los indios son bellos, pero apáticos, indiferentes a todo. Pinta con admiración los cuadros de la cena para los muertos. Defiende lo visto como algo propio, que no es lícito analizar con categorías tomadas del mundo occidental:

De vez en vez el perdido repique de una campana. Nadie llora, se habla sólo lo necesario, pero no con esa voz apagada que se oye en nuestros cementerios; aquí no se trata de ambiente. El silencio, al que se unen los niños, sentados hora tras hora mirando las velas o la noche, es otra cosa, no es devoción, ni intimidad en nuestro sentido, ni en el malo ni en el buen sentido. Es sencillamente silencio. Ante el hecho de la vida y de la muerte no hay nada que decir... Y luego, otra vez, emana un fuerte olor: las mujeres deshojan flores amarillas que esparcen hacia los muertos, un quehacer, como por ejemplo preparar la verdura, no con descuido, pero sin ademanes superfluos, sin insistencia, sin fingir un ambiente, sin expresión teatral de que tuviera una intención simbólica. No tiene ninguna intención, sólo se hace.<sup>37</sup>

Frisch cree reconocer aquí lo auténtico, lo inmediato, que para él tiene un efecto cautivante. Lo único que le molesta son los turistas que se mueven en el camposanto sin ningún pudor. Pero advierte en seguida: “¿Dónde está la diferencia entre ellos y nosotros? Nos sentamos aparte,

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 218.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 208.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 216.

eso sí, con más recato, pero también nosotros curioseamos entre los hombres que viven todavía en las grandes usanzas, que aún tienen en la sangre, lo que para nosotros se ha hecho papel, o sea la cultura".<sup>38</sup>

En el avión de regreso saca sus conclusiones:

Se sabe que no es posible comprender un país en pocas semanas. La primera impresión —y más no quieren reflejar estos apuntes— siempre será muy insuficiente, casual en sus acentos, incluso refutable en algunos hechos relatados; sin embargo, no tiene que ser necesariamente equivocada: la primera impresión no es ilícita, siempre y cuando no se vuelva definitiva. Y yo creo que México no soltará a nadie que, por una vez, haya estado en contacto con él, le perseguirá a uno como una tragedia, una contradicción insoluble; orquídeas y zopilotes, paraíso e infierno, encantador y nauseabundo, grandioso y atroz —uno jamás lo entenderá, sólo podrá profundizar en el no entendimiento que se abre desde el primer encuentro.<sup>39</sup>

Fiel al mandamiento "¡No te harás imagen alguna!", el viajero suizo Max Frisch trata de ser un observador honesto, trata de evitar tanto el engaño de las idealizaciones como los estereotipos negativos, por lo que no puede sino expresar la contradicción de sus sentimientos. ¿Qué es lo que se plasmará de estas impresiones en la narrativa de Max Frisch?

Las huellas de México las encontramos en dos novelas: en *Hom faber*, de 1957, y antes en *Stiller*, escrita a continuación de su estancia en el continente americano, desde abril de 1951 hasta mayo de 1952. Frisch se había hecho un nombre como dramaturgo, razón por la cual obtuvo el *Rockefeller Grant for Drama*. Pero en lugar de aprovecharla para escribir una obra teatral, como él mismo explica en una entrevista: "Había escrito una novela que fracasó. Debido a mi origen pequeñoburgués tenía mala conciencia hacia el señor Rockefeller. Estuve ahí por un año y no había logrado nada".<sup>40</sup> Para calmar su conciencia, escribe, en seis semanas, la bella pieza *Don Juan o el amor por la geometría*. Luego vuelve a la novelística. Y ahora, entre 1953 y 1954, logra superar la crisis al encontrar una nueva perspectiva de la narración. Ante la imposibilidad de describir la realidad, Frisch crea a *Stiller*, quien regresa a Suiza, procedente de México, con pasaporte estadounidense, bajo el nombre de Mr. Sam White, y quien afirma frente a aduaneros,

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 216.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 221.

<sup>40</sup> V. HAGE, *op. cit.*, p. 5.

comisarios, abogados y su propia mujer: “Yo no soy Stiller”.<sup>41</sup> Esta simple y genial idea de presentar a un hombre que no quiere ser él, le permite a Frisch crear una emocionante alegoría de la identidad humana, al mismo tiempo que da lugar a un despliegue de identidades imaginadas o jugadas, llenas de colorido, variedad y aventuras sabrosas.

Una vez encontrada esta perspectiva, la redacción progresa con rapidez. Comenta Frisch a Hage en retrospectiva:

Era una escritura arrojada, acelerada. Me sentía presionado a expresarme en aquel entonces: la disolución de la profesión de arquitecto, del matrimonio. La novela escrita en Nueva York ayudó en parte. Afortunadamente no la había tirado sin más. Ahí tenía material. Los cuentos de América y todas las patrañas que cuenta Stiller en la prisión, esto ya estaba escrito. Sólo tenía otras funciones.<sup>42</sup>

De hecho, si cotejamos las páginas mexicanas de *Stiller* con el álbum de viaje *Orquídeas y zopilotes*, observamos que muchas son casi idénticas.<sup>43</sup> Las descripciones del desierto de Chihuahua, de Xochimilco, del mercado de Amecameca, del Paricutín, de Janitzio, las pasó del álbum a la novela. Los únicos cambios consisten en sustituir una palabra por otra más rebuscada, agregar un topónimo, suprimir una mención demasiado personal, agregar unas frases de acuerdo con el curso de la narración. Así, por ejemplo, el señor White, *alias* Stiller, toma el papel del indio Dionisio Pulido, en cuya milpa empieza la erupción del Paricutín, el 20 de febrero de 1943 (probablemente Frisch haya leído el reportaje de Kisch), y lo convierte en episodio novelesco para responder a la pregunta de su abogado de si ha estado en México:

Le describo mi trabajo en la plantación de tabaco de Uruapan. [...] Una vez, nunca se me olvidará, seguía yo ahí, acuciado, pasando de planta en planta, un sombrero mexicano en la cabeza, sin ver a los otros peones. En vano esperaba el silbatazo del capataz. A pesar de mi situación económica ya no aguantaba el calor, con o sin jornal. Cada vez olía más a sulfuro. De repente grité de pánico. De la tierra gris, atrás de mí, brotó una nubecita de humo amarillento. En vano llamé a los otros peones, indios en su mayor parte: ya habían huido. Mis pies

<sup>41</sup> M. FRISCH, *Stiller*, p. 9.

<sup>42</sup> V. HAGE, *op. cit.*, p. 68.

<sup>43</sup> Lo mismo lo observaron también W. SCHMITZ, *op. cit.*, p. 30, y K. MÜLLER-SALGET, *op. cit.*, p. 17.

tampoco aguantaban más este calor, y eché a correr, pero ¿a dónde?  
Por todas partes humeaba tal como una reunión de señores fumando  
puros.<sup>44</sup>

Al relato de las erupciones, tomado literalmente del diario, agrega unas cuantas fórmulas para darle el carácter de diálogo: “Y si usted alguna vez llega a México, querido doctor, vaya a ver este Paricutín, las carreteras son pésimas, pero vale la pena, sobre todo de noche [...] Son unos juegos pirotécnicos de primera, créame. [...] Tendría que ver eso”.<sup>45</sup> Y obviamente omite la observación final del diario: “En lugar de ello [distenderse en el baile, en el más indómito de los bailes] nos encendemos un cigarro”,<sup>46</sup> porque este gesto resignado del intelectual europeo no va con el papel que representa Stiller ante su abogado.

Una parte de los recuerdos mexicanos son para Stiller/White una forma de entretener a su abogado, quien no demuestra mucho interés:

Mi defensor ni siquiera me quiere creer que México es más bello que Suiza. Tan pronto como empiezo, se pone nervioso: “¿Qué tiene que ver esto con nuestro asunto?” No le interesa a mi defensor cómo se le arranca el diente venenoso a la cobra [*sic*], para poder usarlo en el famoso baile de los indios. Aún menos, cómo los indios toman la muerte. Tampoco, quién ordenó el asesinato de los revolucionarios mexicanos. Y pone en duda el que el cielo mexicano pertenezca a los zopilotes, mientras las riquezas del subsuelo pertenecen a los estadounidenses. De veras no es fácil entretener a este señor una hora diaria.<sup>47</sup>

Consecuentemente, estos episodios, al igual que los demás cuentos americanos, mezclan elementos folclóricos, aventuras, chismes, ironía y suspenso.

Por otra parte, México cobra un papel especial en los recuerdos de Stiller, detenido en prisión preventiva, obligado a escribir la verdad de su vida: “Sentado en mi celda miro la pared y veo el desierto. Por ejemplo, el desierto de Chihuahua”.<sup>48</sup> Y sigue la descripción de lo visto y vivido por Frisch, quien en este caso es igual a Stiller. Porque ambos experimentaban a Suiza angosta como una celda, y a México ancho y

<sup>44</sup> M. FRISCH, *Stiller*, p. 53.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 55.

<sup>46</sup> M. FRISCH, “Orchideen und Aasgeier...”, en *op. cit.*, p. 221.

<sup>47</sup> M. FRISCH, *Stiller*, p. 41.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 29.

libre. De la misma manera evoca Xochimilco, México-Tenochtitlan, Amecameca, sirviéndose de sus apuntes y guardando así la frescura de lo vivido. A diferencia de todas las demás escenas que aparecen al principio de la novela, o sea en el primer cuaderno de los apuntes del detenido, el recuerdo del Día de Muertos en Janitzio se encuentra en el séptimo y último cuaderno,<sup>49</sup> pocas páginas antes de la visita a la tumba de su madre, y adquiere así una función especial, porque Stiller ha dejado atrás las fábulas para adentrarse en la esencia de la existencia, de la vida y de la muerte, hasta que al final acepta el juicio del tribunal y su destino de pasar por el hombre llamado Stiller, esposo de Julika.

Parece que las visiones de México, que Stiller recuerda para sí mismo, representan, como ya lo destacó María Esther Mangariello en 1972, el testimonio de una vida auténtica, no cuestionada, en oposición a su propia existencia que no ha logrado elegir, aceptar e imponer a sus prójimos.

Mario Vargas Llosa, en su prólogo a *No soy Stiller*, elogia las páginas mexicanas de la novela:

Son evocaciones impregnadas de cierta melancolía y que, a menudo, alcanzan un alto nivel artístico, como la hermosa descripción de los jardines de Xochimilco, o la del mercado de Amecameca y la del día de los muertos en Janitzio, y una amenidad muy pintoresca, como el relato de la súbita aparición de un volcán en la hacienda tabacalera de Paricutín donde Stiller —su fantasma, más bien— trabajaba como bracero.<sup>50</sup>

A diferencia de Vargas Llosa, Héctor Sánchez, editor de la antología *México nueve veces contado, por narradores extranjeros*, está muy indignado. En su prólogo presenta al “alemán” Frisch con despecho:

Y si al turismo se le pueden achacar tantos vicios, al turismo literario que también usa la cámara fotográfica, sí que se le puede reprochar su falta de seriedad, de talento, de responsabilidad. No es cuestión de irse hasta Xochimilco o hasta las ciudades de Teotihuacán para suponer que se tiene a México en el puño de la mano. ¿Qué es eso de que Xochimilco es la Venecia de América? Venecia está allá, acá es otra

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 378.

<sup>50</sup> Mario VARGAS LLOSA, “¿Es posible ser suizo?”, en M. FRISCH, *No soy Stiller*. Selec. y com. de M. V. L. Barcelona, Círculo de Lectores, 1988 (Biblioteca de la Plata), p. 12. (Dicho sea de paso, en la región del Paricutín no se cultiva el tabaco.)

cosa. Creo que éstos son fenómenos de la publicidad de empresas aéreas. Pero no hay derecho, en todo caso. [...] En consecuencia no puedo afirmar que la novela *No soy Stiller* del alemán Max Frisch, en lo que hace relación a México, haya logrado interiorizar válidamente y con audacia los contornos de su realidad. Es Frisch un escritor viajero que se deja subordinar demasiado por lo pintoresco, y que por supuesto, conociendo muy bien ciertos gustos europeos, sabe especular convenientemente con los horrores externos de la tragedia, sin cuidarse de medir o pesar las posibles causas que los engendraron. No basta una sola mirada en derredor para asistir al ritual. Hay que situarse en perspectiva y desde muchos ángulos. Hay que sobrepasar la inmediatez con muchos músculos, muchos pulmónes, y mucho corazón.<sup>51</sup>

Sánchez pasa por alto la función retórica de las páginas mexicanas en el *Stiller*. Tampoco toma nota de las punzantes embestidas dirigidas contra Suiza, como por ejemplo, las continuas invectivas contra la pedante rectitud de los suizos, como la diatriba contra el baño semanal en grotesco contraste con la maniática preocupación por el aseo general.<sup>52</sup> Habría que agregar que las anécdotas más novelescas, las que Stiller cuenta al gusto de su guardián de celda, no se ubican en México, sino en Jamaica, en Estados Unidos, a lo sumo en la frontera del río Grande. Obviamente la compenetración de Frisch con México no es tan intensa como la de un Laszlo Passuth, de un John Reed, de un Malcolm Lowry, sobre las que también se pudiera discutir detenidamente. Es interesante observar que el lector mexicano, por lo tanto, le niega no sólo la seriedad, sino además el talento.

Las imágenes de México en *Homo faber* no parecen, son estereotipadas. También reflejan las experiencias del viajero Frisch, mas sin el juego con la ambivalencia, sin la variedad de historias que se pone el cuentista a modo de disfraces. El protagonista Walter Faber, el *homo faber*, o sea el hombre técnico, que escribe un informe lo más técnico y exacto posible sobre los hechos que le han sucedido y para los que no encuentra explicación técnica alguna, no puede expresarse sino en clichés, en expresiones fijas, no tiene otra mirada al mundo que la estereotipada. Mientras que *Stiller* le permitía a Frisch desdoblarse todo un abanico de estilos, de maneras de narrar, *Homo faber* impresiona por la terca uniformidad de su relato. Es verdad que ante los trágicos sucesos que le

<sup>51</sup> Héctor SÁNCHEZ, *México nueve veces contado por narradores extranjeros*. México, SEP, 1974 (SEP-setentas), p. 20.

<sup>52</sup> M. FRISCH, *Stiller*, p. 38.

prepara la vida, cambia Walter Faber en ciertas actitudes. Reconoce con resentimiento cómo se dejó amoldar por el *american way of life*, descubre la belleza de los cubanos, las delicias de la vida habanera. Con todo, tanto la violenta crítica de la civilización estadounidense como el maravillado entusiasmo ante la vida exótica permanecen encerrados en los prejuicios de los europeos. Por lo tanto se da a entender el estilo estereotipado como recurso para delatar la incapacidad del hombre técnico de recobrar un papel verdaderamente humano.

Dentro de este marco hay que interpretar los apuntes sobre México: “Tampico, la ciudad más sucia del mundo”, el hedor y podredumbre de Campeche, las cucarachas de un dedo de largo en la regadera del hotel, los zopilotes tirando de los intestinos de perros, burros, caballos muertos a orillas de la carretera, la sudorosa abulia en las hamacas de Palenque paliada por la excelente cerveza yucateca, la indolencia demasiado dulce, pacífica, infantil de los indios: “un pueblo mujeril, inquietante, pero inofensivo”.<sup>53</sup> El que tomara las páginas sobre México al pie de la letra, como si fueran aserciones serias de Frisch, encontraría chocante la imagen tan negativa que reflejan. No cabe duda de que por lo menos algunas de las sensaciones relatadas por Walter Faber las ha de haber experimentado también su creador, el viajero Frisch; y tal vez hasta se haya divertido de poder expresarlas sin ambages. No obstante, es obvio que Frisch no se limitaría nunca a una visión tan excluyente, tan primitiva. Günther Bicknese, en su ya citado ensayo sobre la imagen de América en *Homo Faber*, cree reconocer que Frisch se involucra en las violentas diatribas contra América: “Si el escritor renuncia aquí a su acostumbrada moderación, esto revela una extraordinaria participación. Aquí no habla sólo el protagonista, sino también el autor”.<sup>54</sup> En contraposición a Bicknese, se puede argüir que justamente gracias al distanciamiento Frisch logra causar una impresión tan fuerte. El *Homo faber* se puede leer enteramente, sin jamás equiparar al autor con el narrador. Y es entonces cuando el mensaje cobra mayor énfasis, porque revela el callejón sin salida en el que camina el hombre técnico del Primer Mundo.

En su ensayo “Nuestra arrogancia frente a América”,<sup>55</sup> Frisch había dejado bien claro que se propone superar los prejuicios estériles que sólo

<sup>53</sup> M. FRISCH, *Homo faber*, p.46.

<sup>54</sup> G. BICKNESE, *op. cit.*, p. 531.

<sup>55</sup> M. FRISCH, “Unsere Arroganz gegenüber Amerika”, en *Gesammelte Werke in zeitlicher Folge*, t. III.1. Fráncfort del Main, Suhrkamp, 1976, pp. 222-229.

vedan el paso a un entendimiento de las culturas. Y Frisch ha sostenido de veras un diálogo crítico pero fructífero con Estados Unidos. En lo que respecta a México, los contactos ya se hicieron escasos. Cabe volver al presumible viaje, en 1963. En *Montauk* da una de su famosas descripciones paisajísticas, esta vez de Monte Albán. Menciona el juego de pelota y observa que el ganador, distinguido a través de la victoria, es sacrificado a los dioses: “Así, por lo menos instruye el pequeño libro que tengo a la mano. Esto asusta, convence; otras cosas fascinan, sin asustar”, por ejemplo, que los mayas (“si es cierto lo que dice el libro”) cada cuando destruían toda la loza, que abandonaban sus templos para renovarse en la jungla (Yucatán, Guatemala)... “Pero tal vez ni sea cierto lo que me fascina”.<sup>56</sup> Monte Albán y la renovación de los mayas son las impresiones que se fijan como memorables en el pensamiento de Frisch, que afloran en conversaciones, como por ejemplo a mediados de los años setentas con Heinz Ludwig Arnold:

Se sabe de los pueblos indios, los mayas, aztecas, zapotecas que se asentaron, por ejemplo los mayas, y que erigieron sus lugares sagrados, sus templos; y después de algún tiempo, sin que los lugares fueran inhabitables por la guerra, sin que la tierra se hubiera vuelto árida, siguiendo la orden de los sacerdotes, o sea la orden de Dios, se fueron a la jungla, hasta otro sitio, ninguna migración, tan sólo unas cien millas, y empezaron de nuevo. Cambiemos, pues, la palabra huida por la palabra positiva de regeneración. Como también hubo los que cada cincuenta años, o sea cada generación y media, tenían que destruir toda la loza, apagar todos los fuegos para volver a buscar el fuego nuevo en la ciudad de los templos. Es esto lo positivo que no pudiera llamarse huida: es destrucción en aras de la reconstrucción-regeneración.<sup>57</sup>

Monte Albán es evocado —a menudo junto con el Acrocorinto— en discursos y conversaciones como ejemplo de lugares que lo impresionaron fuertemente allende el ámbito familiar. Ante Philippe Pilliod, en las conversaciones grabadas por la televisión alemana, en 1987, menciona expresamente que estuvo dos veces en Monte Albán, lo que pudiera corroborar la hipótesis de los tres viajes a México. Pero México es lo ajeno, lo otro, sobre cuyo fondo se perfila más claramente lo propio. Y lo propio es ser europeo: “Ser europeo, expresión muy borrosa. Pero sí

<sup>56</sup> M. FRISCH, *Montauk*, p. 104.

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 49.

que quiero decir algo con ella. Naturalmente en Italia me siento como en casa, en Francia, en Alemania mucho, de otra manera que en México”.<sup>58</sup>

Frisch, más que nada, es suizo, y uno de los suizos que riñen con su patria, que luchan por renovarla, regenerarla, mejorarla, a tal grado que Mario Vargas Llosa pregunta:

¿Es tan terrible ser suizo? Leyendo a algunos autores contemporáneos de ese país se diría que no hay pesadilla más siniestra que la civilización. Ser prósperos, bien educados y libres resulta, por lo visto, de un aburrimiento mortal. El precio que se paga por gozar de semejantes privilegios es la monotonía de la existencia, un conformismo endémico, la merma de la fantasía, la extinción de la aventura y una formalización de las emociones y los sentimientos que reduce las relaciones entre los seres humanos a gestos y palabras rituales carentes de sustancia.<sup>59</sup>

Si revisamos lo que Frisch ha escrito sobre México, llama la atención una extraña ausencia de los mexicanos en cuanto que interlocutores. Frisch sabía comunicarse en un español básico, como lo prueban algunas menciones en el álbum de viaje.<sup>60</sup> Sin embargo, cabe sospechar que Frisch no ha hablado mucho con los mexicanos, no ha leído a los mexicanos. Contempla a la gente igual que los paisajes, los edificios, las plantas. La comunicación con los seres humanos parece realizarse por conducto de los ojos: la inolvidable mazurca bailada por una polaca y un mexicano,<sup>61</sup> y aquel pintor con su camisa verde chillón en Bratislava, y en México mismo las campesinas que venden ollas de barro, las familias que se pasean en las chinampas de Xochimilco, el anciano que arroja una piedra contra un caballo, Diego Rivera pintando, las mujeres y los niños en el camposanto de Janitzio. Todos pasan revista como imágenes que asustan o elevan al espectador. Aparte de brevísimos intercambios, no menciona ningún diálogo con mexicanos. No sabemos si tiene amigos, colegas, conocidos mexicanos con los que intercambiaría ideas, cartas. Esta “autenticidad” que tanto lo había fascinado desde lejos, ¿la habrá buscado entre los mexicanos?, ¿habrá intentado aprender de ellos?, ¿habrá verificado siquiera si existe tal como la había pensado?

Cuando Frisch habla de otros lugares, fenómenos ajenos, muchas veces es para contrastarlos con Suiza, con desperfectos de su patria que

<sup>58</sup> H. L. ARNOLD, *op. cit.*, p. 59.

<sup>59</sup> Mario VARGAS LLOSA, *op. cit.*, p. 7.

<sup>60</sup> M. FRISCH, “Orchideen und Aasgeier”, en *op. cit.*, pp. 202-203.

<sup>61</sup> M. FRISCH, *Tagebuch*, p. 223.

quiere atacar. Alaba la arquitectura mexicana para criticar la falta de libertad y creatividad del urbanismo suizo. Cuando en 1957 publica su artículo sobre la oportunidad desaprovechada de la Ciudad Universitaria de México, tal parece que hace patente su descontento para que sus paisanos no crean que encuentra positivo todo lo ajeno y desprecia lo propio.

Desafortunadamente, en el archivo Max Frisch no se encontraron bosquejos, diarios o correspondencia susceptibles de arrojar más luz sobre nuestra cuestión. Habrá que esperar si con el tiempo salen datos nuevos que permitan aclarar las incógnitas. Hasta ahora no hay indicios que permitirían concluir que su imagen de México se haya profundizado, ni que “el no entendimiento que se abre desde el primer encuentro” haya cambiado, según había puntualizado en sus reflexiones sobre el primer viaje. Hasta donde el material disponible permite sacar conclusiones, la imagen que Frisch tiene de México permanece inconclusa, no fijada en un cliché estéril, pero sin intento visible de querer salir de la primera contradicción de sensaciones: repulsión y atracción —orquídeas y zopilotes.